

Expedición a las estrellas

Autora

Aina Casal Pelegrí

Primer Premio

Categoría A • 14-18 AÑOS

2016

Autora

Aina Casal Pelegrí

Barcelona, 2001

EXPEDICIÓN A LAS ESTRELLAS

Aina Casal Pelegrí

Paco estaba desesperado. Llevaba más de cuatro años en paro. Su mujer lo había dejado por otro. Y ahora que su madre había muerto estaba a punto de ser desahuciado, porque sin su pensión no tenía dinero para pagar el alquiler. A duras penas había podido cargar con el sepelio de su queridísima madre. Los Servicios Sociales se hicieron cargo a cambio de obligarle a ir a un curso formativo. Al principio lo había rechazado, porque estaba harto de hacer cursos en la Oficina de Trabajo que no le habían servido en absoluto. Se había formado como camarero, mecánico, cocinero y jardinero. Pero el nuevo curso de figurante de películas era lo más absurdo que le habían propuesto en su vida.

Cuando llamaron al timbre de casa, creyó que eran los de la inmobiliaria que venían a echarle.

—Venimos de parte de la Oficina de Trabajo. Hemos intentado contactar con usted, pero como no contesta al teléfono...

—¿Perdone? —se quedó callado unos instantes, intentando reaccionar adecuadamente—. ¿Oficina de Trabajo? Ya hace unos días que tengo el teléfono sin saldo ni batería. Me han cortado la luz y...—se excusó.

—Si me permite pasar unos minutos le explicaré en qué consiste nuestra oferta. Soy Roberto García, el director de los “reality shows” más exitosos de la televisión.

—Sí, sí, pase, pase. Hace frío en casa, pero por favor, pase.

—Verá, estamos buscando a un hombre de su perfil. Nos han dicho que usted ha hecho un curso de actor hace poco —dijo el director mientras se sentaba en el sofá del comedor—. Si firmase nuestro contrato, viajaría en calidad de protagonista principal a Marte, con todos los gastos pagados, por supuesto. Partiría con un equipo de robots androides de última generación, y allí rodaríamos una película de su vida en el planeta rojo. Nuestro programa se emitirá en más de quince cadenas televisivas. ¡Ah!, Y no se preocupe, nosotros tenemos técnicos que lo pondrán en forma. Se alojará en el hotel Ritz. ¿Qué me dice?

Los ojos de Paco se iluminaron. Le costaba creer que aquello iba en serio y que no se trataba de una broma pesada de la cámara oculta.

Roberto García, un prestigioso productor de programas televisivos, no estaba dispuesto a perder una oportunidad como aquella: un parado de larga duración emprendería un viaje a Marte en busca de una nueva vida.

Paco, católico practicante y firme devoto, quiso creer que su madre le había enviado una oportunidad desde el cielo. Por fin sus plegarias habían sido escuchadas. Se iba a convertir en el legendario valiente que se atrevió a pasar el resto de sus días en Marte. Dispondría de comida, aunque fuesen esas pastillas galácticas de los astronautas. Dormiría bajo un techo, aunque no sabía si las estrellas brillarían tanto por las noches como en la Tierra. Pero dentro de su nave presurizada no pasaría ni frío ni calor.

Paco cogió el bolígrafo para firmar rápidamente. En un abrir y cerrar de ojos se encontró viviendo en un hotel de lujo de cuatro estrellas. Todo era increíblemente alucinante. La suite del hotel le pareció un palacio. La cama era como una nube, la bañera redonda llena de agua caliente y sales de baño le hizo creer que estaba en el paraíso, y su amable asistente (un robot mayordomo de última

generación) lo transportó a un sueño hecho realidad: tenía un amigo que lo cuidaba y velaba por su bienestar en todo momento

–Pellizca-me, PB-8, y dime que no estoy soñando.

–PB-8 le comunica al señor que no está soñando. Lo siento, no puedo pellizcarlo. No me está permitido: va en contra de la primera ley de la robótica, un robot no puede hacer daño a un ser humano ni permitir que se haga daño.

–Un pellizco no siempre hace daño, PB-8. A veces nos devuelve a la realidad. Quería asegurarme que no soñaba.

–PB-8 le asegura que no está soñando. Los robots no mentimos nunca, señor.

–Muy bien, pues entonces, déjame que te pida una cosa.

–PB-8 a su servicio, señor.

–Llámame por mi nombre. Yo soy Paco. ¿De acuerdo?

Los días siguientes pasaron volando. Cada mañana, después de su puntual desayuno a las ocho, PB-8 entrenaba a Paco en un pequeño gimnasio improvisado en la misma suite. A las once tenía clases de interpretación. Debía comportarse naturalmente delante de una cámara. No podía hurgarse la nariz, bostezar sin taparse la boca y aún menos hablar con la boca llena.

Todo estaba listo. La campaña publicitaria del programa había tenido un gran reclamo por parte del público. “¿Soportaría un parado la presión de vivir encerrado dentro de una nave el resto de sus días? ¿Sería aquello más insufrible que errar por el mundo?» Por supuesto, Paco ya no estaba a tiempo para cambiar de opinión. El contrato lo estipulaba así, nadie lo rescataría ni en el peor de los casos. Pero a Paco eso le preocupaba poco. De hecho, hasta ahora nadie le había rescatado. Nunca se había sentido tan saludable y bien acompañado. Había ganado un gran amigo, su robot mayordomo PB-8. Todo el mundo lo trataba educadamente y se sentía respetado y valorado. Por fin se sentía alguien importante, alguien querido.

–Ten presente que mañana haremos una rueda de prensa, pero no te preocupes por las preguntas.

– De acuerdo –asintió Paco aunque se sentía un poco nervioso.

Por la noche, quiso volver a compartir sus miedos con PB-8. Necesitaba hablar con alguien, y sabía que su amigo jamás le traicionaría.

—PB-8, ¿no te molesta estar a mi servicio?

—En absoluto, Paco, es todo un placer para PB-8.

—¿No te cansas? Ya sé que los robots no os cansáis físicamente pero, ¿no te gustaría más servirte a ti mismo? ¿Y no te molesta que te hayan programado?

—Todos estamos programados de un modo o de otro para servir a diferentes causas. ¿Acaso es más libre el humano que solo responde a los intereses de su bolsillo, o aquel que se deja llevar movido por su egoísmo y su vanidad?

—Me dejas de pasta boniato —le dijo Paco.

—Mejor de carne y hueso, que tu corazón no lo resistiría. Ni mis circuitos positrónicos tampoco. Se han ido adaptando a tu medida. Así me programaron, señor. Perdón. Paco.

—¡Caramba! Sí que soy afortunado. Aunque tengo un poco de miedo. ¿Y si después de todo yo no lo hago suficientemente bien?

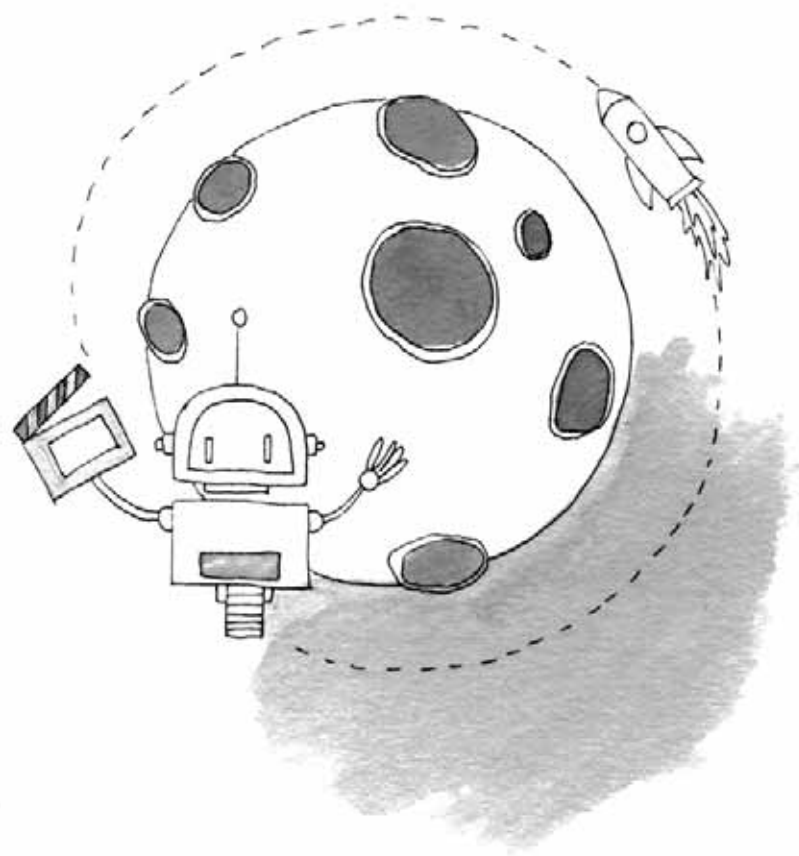
—Tu contrato no contempla que se pueda suspender nunca por una bajada de audiencia del programa. Yo no me preocuparía tanto. Tenemos tantos videojuegos y películas que no nos los acabaremos. Y recuerda que cada quince días nos enviarán un cohete con nuevas provisiones. Será como vivir en una isla, como una mezcla entre las Galápagos y la Antártida, ¿no crees? —le preguntó PB-8.

—No sé yo... ¿tú sabes si en Marte hay algún tipo de animalillo?

—PB-8 no sabía que te gustasen las mascotas. ¿Quieres que pidamos que nos acompañe alguna?

—No me he explicado bien. Temo añorar mis paseos al aire libre. Ojalá se averiase la nave de verdad, y tuviéramos que hacer un aterrizaje de emergencia en una isla perdida.

—PB-8 te recuerda que entonces no llegaría el cohete con las provisiones cada quince días. Pronto dejarías de ser famoso. La gente se olvidaría de ti. Tendríamos que ir deambulando para subsistir. Y adiós a la cama esponjosa como una nube, a la bañera de agua



caliente con sales de baño. Volverías a ser un parado. En Marte estarás mejor que en la Tierra.

—Ya, pero de día el sol casi no calienta. Como máximo llegaremos a 17°C.

—¡Más que en la Antártida!

—Menos que en las islas Galápagos. No sé si me sabré adaptar a eso de no sentir el sol calentando mi piel, o el viento peinándome el pelo, o no poder tumbarme en la arena bajo un manto de estrellas...

—¡Paco, si tú eres prácticamente calvo!

—Al olor de la tierra mojada después de una tormenta...—prosiguió diciendo, ajeno al comentario de PB-8.

—En Marte también hay tormentas de arena. Es como si vivieses en el desierto. ¿Sabías que su arena se parece mucho a la del desierto de Atacama?

—Pero con el frío de la Antártida.

—Eso mismo.

—Pero sin pingüinos.

—Efectivamente.

—Ay... no sé qué es peor: ser un sin techo en la Tierra o un astronauta marciano desterrado...—suspiró—. ¡Nunca he tenido suerte...! Bueno... —quiso puntualizar mirando su estimado robot—. Conocerte a ti sí que ha sido una gran suerte.

A medida que Paco se alejaba de la Tierra se iba apagando. Hacía todo maquinalmente y las conversaciones con su robot asistente se limitaban a monólogos de PB-8 y como mucho unas respuestas monosilábicas por parte de Paco.

Por fin llegó en décimo día del viaje. Paco madrugó. Estaba nervioso con todo aquello de tener que simular un accidente. Había estudiado el guión, y lo había ensayado infinidad de veces con PB-8; aun así tenía un nudo en la garganta. ¿Y si no lo hacía suficientemente bien? ¿Y si al final todo era una patraña del director y se estrellaban de verdad? Quizá le tenían preparado un ataque de asteroides o alienígenas. Empezó a desconfiar de todos. Lo habían estado utilizando, y él no se había querido dar cuenta, quizá porque en el fondo no había tenido otra opción.

–“EMERGENCIA, EMERGENCIA, UNOS ASTEROIDES SE ACERCAN A LA INTERSECCIÓN CON LA ÓRBITA”.

–Nuestra nave corre peligro. Tendremos que desviarnos de la órbita –dijo PB-8.

–Solicita una autorización telemática de cambio de coordenadas –le contestó Guillermo tal como estaba escrito en el guión.

–No hay tiempo. Hay una gran dispersión de asteroides a punto de impactar. ¡Peligro de muerte inminente! ¡Necesitamos redirigir las coordenadas! Variación del rumbo hacia coordenadas 19° 34' 0'' Norte, 155° 30' 0'' Oeste.

Aquella respuesta no estaba dentro del guión. Paco sabía que PB-8 no podía estar fingiendo, era un robot y no le estaba permitido mentir. Sus sospechas quedaron confirmadas y su mal auguro estaba a punto de cumplirse.

–PB-8 pide que te abroches el cinturón, cogeremos velocidad híper galáctica en tres segundos.

Los ojos de Paco se abrieron como platos. Los del director del programa y los del técnico de transmisión telemática también:

–¡Corten, corten! ¡Interrumpan la transmisión! ¿Pero qué diantres están haciendo Paco y PB-8? El radar no detecta ningún asteroide. ¡Conéctenme con ellos ahora mismo! ¡Se van a enterar!

–PB-8 instaurando la nueva misión: ¡¡Hasta el infinito y más allá!! –gritaba eufórico, incluso demasiado para ser un robot–. ¿Torre de control? Vamos a perder la conexión. Mi humano está en peligro de muerte. Abortando misión a Marte –dijo antes de desconectar definitivamente la transmisión con la Tierra.

–¿Peligro de muerte? ¿Qué dices PB-8?

–Tranquilo, Paco. Tú y yo estaremos a salvo. Variación del rumbo hacia coordenadas 19° 34' 0'' Norte, 155° 30' 0'' Oeste. Es decir, a las islas Hawái.

–No entiendo nada. ¿De qué estás hablando?

–PB-8 no podrá sentir nunca el calor del sol en la piel, ni el viento peinándome el pelo. Mis sensores positrónicos tampoco están diseñados para captar el olor de la tierra mojada después de

una tormenta. Pero sí que puedo decirte con toda seguridad que el día en que tus ojos dejaron de brillar supe que tu esperanza estaba desapareciendo. Y ya sabes, mientras hay vida hay esperanza. Por lo tanto, si mi lógica no me engaña, si no hay esperanza, no hay vida. La primera ley de la robótica me ha obligado a hacerlo. Un robot no puede dañar a un humano, o, por inacción, permitir que un humano se lastime. Si PB-8 llega a permitir que te quedases sin tu esperanza... ¡Mira! ¡Ha funcionado! –le dijo mientras observaba los ojos de Paco visiblemente emocionados–. ¡Vamos! Tengo un pequeño archivo de hawaiano por si quieres empezar. Seguro que de la nave transbordadora podemos sacar un buen pellizco. Calculo que será suficiente para comprar una pequeña casa, de esas “ohana dwelling” que hay al lado de la playa.